

Martin de Ugalde, historia viva de Euskadi (I)

F. de Saratxu

Deia, 1980-07-26.

Quizá tres notas basten para perfilar la dimensión humana de Martín de Ugalde: vanguardista sin estridencias, perpetuo exiliado y, sobre todo, vasco, desbordantemente vasco. Estas últimas definiciones, exiliado y vasco, introducen los elementos contradictorios de su personalidad, los factores que provocan esa inseguridad permanente en la que confiesa vivir. Martin de Ugalde tuvo que salir de Euzkadi a los 16 años, y ha pasado más de treinta fuera de su patria, en Francia, Marruecos y, por fin, Venezuela. En esta tierra americana encontró refugio y formó un hogar. Pero la llamada de Euzkadi era demasiado apremiante, y al fin volvió, a pesar de los cortos horizontes de aquel año 1969 y de todas las dificultades. Ni la salida de Venezuela, ni la vuelta a Euzkadi, fueron fáciles. Hoy mismo sigue dividido entre dos amores. Un solo elemento supera la dicotomía y concilia los contrarios: su profunda conciencia de ser total e irrevocablemente vasco.

"Hay muchas clases de exilios –explica–. Sufre exilio quien, como yo, tiene que abandonar su tierra, pero también conocieron el exilio los vascos que quedaron aquí, vigilados, con la boca cerrada por la fuerza y privados de medios de expresión. También he pasado por la terrible experiencia de este 'exilio interior'".

Martin de Ugalde lo sabe todo de exilios y aislamientos. Heterodoxo entre los ortodoxos, vanguardista entre los tradicionales, se llega a creer que nunca ha estado ubicado, que siempre ha sido un poco extranjero. "En Venezuela me delataba la falta de acento, y aquí me consideran americano", recuerda entre divertido y resignado.

Como para muchos, todo empezó con la guerra. Su familia se dividió, el padre a Venezuela, la madre, a Barcelona, y un hermano, Joseba, evacuado a Rusia. Martin también sale. Francia le acoge, hasta que las tropas de ocupación alemanas le devuelven a la frontera. De allí, deportado a Marruecos, donde pasa tres años de vida militar. Y por fin vuelve a casa, a su Andoain. Mas no es una vuelta alegre, pues le supone su primer "exilio interior".

"Eran tiempos muy duros para todos y más todavía para los que estábamos 'fichados' –asegura–. El ambiente resultaba opresivo, los chivatazos se sucedían y yo no podía encontrar trabajo. Tenía a mi madre conmigo, pero desde hacía diez años no veía a mi padre, exiliado en Venezuela, y no sabíamos siquiera si mi hermano vivía. Por otro lado, no había tampoco ocasión de hacer algo a nivel patriótico. Con este panorama, me invadió el desánimo y, tras muchos esfuerzos, en 1947 embarcamos para Venezuela mi madre y yo".

– DEIA: *El exilio no suele ser plato de gusto, pero teniendo en cuenta las circunstancias ¿fue ésta su primera salida esperanzada de Euskadi?*

– MARTIN DE UGALDE: En parte sí; pero solamente en parte. Si bien es cierto que me ilusionaba la idea de reunir de nuevo a la familia y rehacer nuestra vida fuera, también es cierto que abandonar el país en tales circunstancias me causaba un dolor profundo, a pesar de saber que era muy poco lo que se podía hacer desde el interior. Los jóvenes con preocupaciones patrióticas no podíamos expresarlas en nuestra propia tierra. Al salir al exilio, esperábamos trabajar por ella.

– D.: *¿Se cumplió esa esperanza?*

– M.U.: Pienso que sí. Al llegar a Venezuela me tomé la revancha e hice todo lo que tenía prohibido aquí. La primera medida fue afiliarme al Partido Nacionalista Vasco, como lo habían hecho antes que yo mi abuelo y mi padre, y luego, ya integrado en el Centro Vasco de Caracas, tratar de adaptarlo a las necesidades de la época y el lugar. Lo primero que observé fue que los jóvenes escaseaban en el Centro. En Venezuela son frecuentes las fiestas, y solían salir a celebrarlas y a bailar. En aquellos tiempos, el baile era una de las formas más corrientes de relación entre los jóvenes de ambos sexos, y no pocos matrimonios tenían su origen en una fiesta. Si no captábamos a los jóvenes, corríamos el peligro de desunir la comunidad vasca y perder una generación. La vida en el Centro quedaría reducida a unos pocos actos simbólicos entre los más mayores, sin continuidad en el futuro, sin savia renovadora. Así pues, propuse dos innovaciones: dar cabida a las chicas en Euzko Gaztedi y conseguir permiso para organizar fiestas en el Centro.

Los primeros enfrentamientos con los ortodoxos

– D.: *Aparece aquí su espíritu renovador. La tradición excluía expresamente a las mujeres de la militancia nacionalista, y revocar esa costumbre suponía enfrentarse a todo el 'aparato'...*

– M.U.: Efectivamente. Los jóvenes no eran muy bien vistos por los mayores, que lo controlaban todo. Yo diría que se sentían molestos ante los jóvenes porque estaban menos sujetos por la tradición y las responsabilidades. La pelea fue dura, agria a veces. Yo suelo decir que la condición del exiliado es ingrata, porque no aprende nada, pero tampoco puede olvidar nada. Es como si quedara fijado en una foto, inmóvil, con la chistera y los bigotes de cuando partió. Cualquier cambio, cualquier evolución fuera de su patria, se le aparece como una traición. Carece de flexibilidad para mantener lo esencial y adaptarse en lo accesorio. Los más jóvenes lo entienden, viven más fuera del círculo cerrado de la comunidad, y el enfrentamiento con la generación precedente es inevitable.

– D.: *En este caso, la intransigencia lleva las de perder...*

– M.U.: Así ocurrió. No sin resistencia, ciertamente, pero al final llegamos a un acuerdo, las chicas militarían en Euzko Gaztedi y nosotros podríamos bailar "a lo agarrado" con ellas en el centro, pero con una curiosa condición: La pieza que se usaba como salón de baile estaba presidida por los retratos de Bolívar y Sabino Arana. A los ojos de los

"mayores", el hecho de que nos abrazáramos con fondo musical ya era bastante difícil de tragar, pero el que lo hiciéramos bajo la mirada fija de Sabino Arana era intolerable. Así que cada vez que queríamos bailar, trasladábamos su retrato a otro cuarto. Bolívar se quedaba. Al parecer, a él no le afectaba el escándalo.

– D.: *Resulta curioso que un avanzado como usted adopte métodos totalmente ortodoxos para implantar cambios, que renueve desde dentro y no desde fuera.*

– M.U.: A pesar de lo que pudiera suponerse, vista mi fama de heterodoxo, siempre he actuado así, por la vía reformista dentro de las instituciones. En cierta ocasión, el lendakari Aguirre dijo una frase que no he olvidado: "Cuando haya que reformar, hay que hacerlo al modo de Erasmo, y no al modo de Lutero". He seguido fielmente el consejo.

El regreso

– D.: *En el año 67, usted decide regresar con su familia a Euzkadi. Atrás queda la tierra que le ha acogido durante veinticinco años, sus padres y una buena posición. A cambio la inseguridad y las dificultades. ¿Qué le impulsa a volver?*

– M.U.: Son varios los factores, pero primaba una preocupación: quería sembrar mis hijos aquí. Era una obligación moral, y si no la hubiera cumplido, sé que hubiera muerto de mala manera. En el exilio vivíamos intensamente Euskadi, seguíamos paso a paso su evolución, tratando de mantener viva la llama, quizá de una manera un poco artificial. Pero nuestros hijos hacían su vida fuera de nuestro círculo, al que sólo volvían los fines de semana. Era inevitable que hicieran preguntas: "Aita, tú dices que somos de Euskadi, pero, ¿cómo es? ¿Es como Venezuela?". Nos era muy difícil contestar y explicarles que era un país muy verde que había perdido una guerra, pero que algún día sería libre, como esa Venezuela que ellos conocían. Cuando volví, el mayor de mis hijos tenía once años; no se podía esperar más, o no hubieran podido arraigar. Aún así, los niños llevan también la marca del exilio. Tienen pasaporte venezolano, pero la única entidad política a la que pertenecen es Euskadi. No hubiera querido que les ocurriera lo que a sus primos, nacidos en Venezuela de madre no vasca, que han perdido su sentimiento vasco y son puramente americanos.